

sentir los efectos de su poder, columbrar su rango y descubrir su genio. ¡ Cuáles! Su existencia, sus relaciones y sus leyes. La reunion actual de sus atributos esenciales, el lugar entendido que ocupa entre todos los ramos cuyo conjunto forma el objeto comun de la razon y la voluntad humana, y por último, las consecuencias legítimas de esta localidad lógica, en cuya expresion total reconocemos el código de la razon y del buen gusto; he aquí lo que debe observarse con escrupulosidad. Lo primero está representado en la mision divina del orador sagrado; lo segundo en la filosofía; lo tercero en la crítica literaria. Es visto pues, que vamos á examinar la materia bajo este triple aspecto, considerando la elocuencia sagrada como una institucion divina, como un agente de civilizacion, y como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

PRIMERA PARTE.

Mientras los hombres no estuvieron estrechados con otros vínculos que los puramente humanos, el inestimable privilegio de la palabra, reducido á la clase de un talento, ni tuvo mas teatro que el de las pasiones para lisonjearlas, ni mas medios que la destreza en el persuadir, ni mas autoridad que la reputacion literaria, ni otro fin que el interes particular de los ciudadanos, ó cuando mucho el exterior bienestar de las naciones. Jamas ocurrió á los antiguos que aquel resorte maravilloso pudiera merecer un destino mas elevado, ni ménos todavia el hacerle bajar inmediatamente de los cielos. Demóstenes en la república de Atenas y Ciceron en la de Roma, despues de haber contrastado el primero desde la tribuna las fuerzas poderosas de Filipo, y abatido el segundo mil veces á los facciosos, ó confundiendo la calumnia, vindicado la inocencia en el foro, murieron cubiertos de gloria, dividiéndose, al parecer, ya desde entónces los homenajes de admiracion y reconocimiento de la posteridad inmensa que habia de sucederles. Incapaces empero de sospechar ni que pudiera extenderse mas el círculo del orador, ni que la elocuencia fuera susceptible de nuevas perfecciones, creyeron acaso, al descender al sepulcro, haber cerrado junta-

mente al genio las avenidas ilustres de una mas eminente celebridad. A la vista de una decadencia tan grande como la que sufrió la oratoria, inmediatamente despues que ya no sonó ni en el senado ni en el foro la voz elocuyente de Tulio, se hubiera creído sin dificultad ninguna, que habia huido, para nunca volver, la edad de oro de la elocuencia. Hai mas: con los enemigos de Filipo y Antonio habian ya desaparecido aquellas formas populares; y sucediendo á la tribuna del pueblo el palacio de los césares, tambien las voces de aquellos vehementes republicanos quedaron reemplazadas con la culta lira de Horacio, los compasados trinos de Virgilio, sobremanera gratos al oído del vanidoso Augusto, y las quejas melodiosas del poeta que desde las riberas del Ponto divinizaba á sus tiranos.

En una situacion tan triste para la elocuencia, relegada ya de la capital del imperio, esta voz, pronunciada en un rincón de la Judea, se difunde como el trueno por todos los ángulos del mundo conocido.—*Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda creatura: el que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado.*¹

Voz sublime y divina, que elevando al hombre hasta la altura en que reside Aquel que le sacó de la nada, le preparó ya desde entónces un imperio que, aunque tenia su principio en el tiempo, debia perderse en la eternidad. ¡ Qué hermosa no se ofrece al espíritu semejante institucion que somete al dominio de un solo hombre lo que mas sorprende y admira sobre la tierra! No son ya las sectas orgullosas de la antigua filosofía quienes exaltando los triunfos de su razon se arrogarán el privilegio de renovar el entendimiento humano: la autoridad de Aristóteles y su maestro no resonarán en la Academia ó el Liceo para someter los espíritus acaso al dominio del error. Un hombre solo que comunica de un modo mui íntimo con su Creador, recibirá inmediatamente de sus manos el rico depósito de las eternas verdades. El maestro no habrá menester de contar entre los discípulos de su escuela un genio bético y emprendedor que lleve sus doctrinas por cuantos son los pueblos sometidos al poder de las armas; bastará que se abran los labios de un apóstol, obediente al influjo insinuante de la caridad, para que sus divinos oráculos salven las mayores distancias, triunfen de todos los tropiezos, penetren hasta lo mas íntimo del corazón; y uniendo por la fuerza del sentimiento mas sublime y consolador á los habitantes de todas las zonas y de todos los cli-

1. Marc. cap. 16, NV 15 et 16.

mas, mejoren la miserable y abatida condicion de la especie humana.

En esas palabras proféticas á par que sublimes, pronunciadas por el Salvador cuando habia salido ya glorioso y triunfante de su sepulcro; en ese discurso brevísimo que dirige á sus discípulos á la faz del cielo y de la tierra, majestuosamente colocado entre cuarenta siglos que le habian precedido, figurado en su historia, representado en su sacerdocio y anunciado por la voz de sus Profetas, y los nuevos é innumerables que le iban á seguir, llevando por todas partes su nombre y su doctrina; en esas palabras, repetimos, está formulada la noble y santa mision del orador evangélico, la constitucion divina del apostolado y el rango sublime de la elocuencia sagrada. Mas para sentir mejor el ser divino de un *arte* que no lleva este nombre sino por concesion, y mejor caracterizado quedaria con el nombre de *poder*, es necesario penetrar un poco mas en el sagrado texto, y considerar lo que pasa entre Jesucristo y sus apóstoles en aquel dia solemne, eternamente célebre en los fastos de la Iglesia católica, en que el uso de la palabra recibió, digámoslo así, la imposicion de las manos, y consagrado por el Eterno Sacerdote, sancionado por el Redentor del mundo, tuvo ya el carácter indeleble de una institucion divina, que habia de mantener en activo y santo comercio hasta la consumacion de los siglos las tres grandes demarcaciones de la Iglesia universal, la que milita en el tiempo, la que se purifica mas allá del tiempo y la que reina con gloria en la eternidad.

I.

Llegado el dia señalado en los eternos decretos para constituir el ministerio de la elocuencia sagrada, los once discípulos que habian permanecido fieles, partiendo para Galilea, se dirigieron á la montaña, lugar del misterioso emplazamiento. Reunidos allí estaban, cuando viendo aparecer á Jesucristo, cayeron en tierra para rendirle sus tributos de adoracion. “Acercándose Jesus entónces, dice el Evangelista, les dirigió la palabra en estos términos: *A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues, é instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que os he*

*mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.”*¹

Comencemos por observar todas las circunstancias que aquí se reunen para dar á las palabras de Jesucristo y á la situacion moral de los apóstoles, un carácter extraordinariamente solemne: el tiempo, el lugar, la accion. Pudo sin duda Jesucristo haber hablado sobre esto y comunicado el sublime poder de la palabra desde que llamó al primer pescador, desde que tuvo el primer discípulo, desde que dió las primeras lecciones acerca del eterno designio de salud que le habia traído á la tierra: pudo hacerlo en la montaña, desde donde mostró á las turbas los títulos únicos con que podian aspirar á la bienaventuranza; pudo hacerlo en el Tabor, donde la voz del Padre, hiriendo el horizonte desde las alturas, consagró la palabra de su Unigénito, mandando que se le escuchase como al Hijo de Dios vivo; pudo hacerlo en el Cenáculo, donde bajando su grandeza hasta los piés de sus discípulos, para poder levantar hasta los cielos sobre las anchas y profundas basas de la humildad el edificio augusto de la virtud, caracterizó á los que habian de merecer el nombre de representantes suyos en la tierra; pudo hacerlo en el Calvario, pues que habia llegado la época profetizada por El mismo, de atraerlo todo á su persona, levantado El, como ya lo estaba, sobre la cruz, y revelado plenísimamente su poder en la independencia y soberanía con que iba á recibir la muerte, y en la majestad y ternura con que puso la corona de la inmortalidad sobre las sienes de un ladrón arrepentido momentos ántes de abandonar la tierra. Mas no lo verificó entónces; y como en la conducta del Verbo hai lecciones de insondable profundidad, no ménos en lo que deja de hacer que en lo que practica, encierra sin duda un pensamiento grande la eleccion del tiempo que escoge de intento para armar á sus ministros con el irresistible poder de la palabra divina. Este tiempo está situado entre su gloriosa resurreccion y su vuelta triunfante al reino de los cielos. Colocóse entre dos épocas de plenitud, por decirlo así: una en que se habia ya consumado para las doctrinas, para la lei, para el sacerdocio, para las costumbres, para el culto, para la humanidad, para el cielo y la tierra, la inmensa revolucion que, trayendo su origen desde el primer suspiro del hombre delincuente, habia de tocar á su término en el último suspiro del Salvador del mundo; y otra en que, árbitro ya de la creencia, como lo era de la vida y de la muerte, empezaban

1 Math., cap. XXVIII, vv 18, 19 y 20.

á correr los bellos siglos sobre la Esposa de los Cantares, la nueva Jerusalem, la santa Iglesia católica; en que se daba el primer paso por sus representantes y ministros hácia ese sendero de flores y de espinas, de gloria y de sangre, de tribulaciones y consuelos, de vicisitudes y de paz, que habia de mantener perdurablemente indelebles las huellas del apostolado, para que pudiera decirse de generacion en generacion por cuantos estuviesen inspirados por la fe, la esperanza y la caridad; *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!*¹ ¡Cuán maravillosos y bellos los piés de estos que así atraviesan por el mundo, repartiendo, con las palabras que se desprenden de sus labios, los gozes inefabiles de la paz y los inmortales bienes prometidos á la virtud!

Al contemplar ese instante solemne, al ver cómo en una fraccion tan pequeña del tiempo se recogen los siglos sin embarazarse ni confundirse, la imaginacion se inflama, y cree asistir al espectáculo mas sublime que puede presentar la historia en la serie de las grandes instituciones. Jesucristo marcha siempre entre siglos proféticos y siglos rendidos á su poder, entre generaciones que le esperan y generaciones que le adoran; y colocado en esa montaña de Galilea durante la época de que hablamos, se anuncia en medio de una corte inmensa, mostrándose al través de tantas glorias como vienen á aglomerarse sobre su persona augusta: habla con el tono único que debia sentar á su rango divino; manda con el reposado continente de quien domina sin obstáculo sobre la verdad y la virtud, sobre la inteligencia y el corazon, sobre el temor y la esperanza. Los apóstoles que reunidos allí estaban, no sabian lo que Jesucristo les iba á decir; pero mil veces habian visto la majestad en su frente, el poder en sus manos, y la naturaleza á sus piés: ignoraban el porvenir, y tal vez no comprendian lo presente; pero su rendida y tierna adoracion altamente convenia de que poseian la ciencia de lo pasado, y á la vista de Jesucristo, los siglos todos venian en tropel á apoderarse de sus almas, anunciándoseles como el Deseado de las naciones y el Salvador del mundo.

II.

Pasemos á contemplar la simple localidad. Esa montaña presente y ausente á un mismo tiempo al espectáculo del mundo, desde la cual podia mui bien distinguir cada discí-

¹ Rom., cap. X, v. 15. Vid. Is., cap. LII, v. 7.

pulo su cima de pescador, para poder inaugurarse en el nuevo reino con el título de apóstol y sentir la necesidad de andar siempre apoyado en el brazo de Jesus, para no desfallecer bajo el peso de tanta grandeza; ese lugar simbólico que determinaba tal vez las dimensiones y las distancias con que habia de aparecer entre los cielos y la tierra la tribuna sagrada, para que la palabra que edifica, bajase y no corriese, atrajese las miradas y el corazon en vez de caminar con ellos paralela, y todo esto asociado allí mismo el orador con Jesucristo, para que quedasen reconocidos y fuesen respetados esos derechos eternos que, siempre embestidos por adversarios, no han cedido jamas ni bajo la cuchilla de los verdugos, ni ante la majestad de los reyes, ni á la ironía de los filósofos; esa altura desde donde habian de predicarse las cosas que se escuchan al oido, sin otra preparacion que una venda misteriosa en la inteligencia y una confianza ilimitada en el corazon; esa montaña, repetimos, colocada en la soledad para independerse de las tribunas profanas repartidas en el foro, á fin de que la palabra de Dios nunca bajase á contender con la palabra del hombre, ni los miserables intereses de la celebridad y el talento arrastrasen la inspiracion divina y la mision venerable al tribunal de la literatura y de la crítica con mengua de aquel principio sublime que radica en una lei con admirable discrecion los derechos de Dios y los del César: esa colina santa y misteriosa, volvemos á decir, nos presenta el recinto en que se inaugura el reino de la elocucion sagrada rodeado de majestad, respetable como una tierra bendita, bañado con el esplendor de los cielos, y dominando toda la tierra.

III.

¿Y el movimiento de la accion? ¡Ah! ¡qué sencillo para la historia! pero ¡cuán significativo para la religion! ¡qué sublime para la filosofia!

La obediencia, el respeto, la sumision, docilidad y fe de los discípulos, simbolizaban sin duda los grandes atributos morales del sacerdocio católico, y sobre todo ese desprendimiento magnánimo de la propia luz y de la propia fuerza, esa noble abnegacion del saber y de la inteligencia, que da tanto valor á los discursos del ministro evangélico. La puntualidad en Jesucristo parecia representar su asistencia continua siempre que se tratase de volver por los intereses de

su gloria y de su Iglesia, ya cuando se contendiese con los errores, ya cuando se atacasen los vicios, ya por último cuando se afrontase con fortaleza y esperanza la mas desecha persecucion. Pudo comprenderse allí el sentido práctico de aquellas palabras con que Jesucristo habia querido prevenir la razon y la voluntad de sus ministros, para que no fuesen á vacilar por el sentimiento de su poca elocuencia en las grandes situaciones que les redujesen al estrecho de imponer silencio á los enemigos de la religion con el irresistible poder de la palabra evangélica. "En la presencia de los magnates y frente á frente de los reyes, dejad correr la inspiracion por vuestros labios, sin deteneros á pensar lo que habéis de decir. Tened fe en la promesa que os hago de no abandonaros un solo instante. El esplendor de mi espíritu inundará vuestras almas, la sabiduría del Verbo llenará vuestros discursos; porque no seréis vosotros, en verdad, quienes hablaréis entonces, sino el Espíritu de luz y de fuerza, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de uncion y de poder será quien dirija vuestra razon y gobierne vuestros labios. Descuidad enteramente de las formas; ellas vendrán siempre á enseñorearse de las situaciones; y mientras vuestra palabra humilde abata á los enemigos de mi gloria, el cielo bendecirá vuestros trabajos, y el mundo mismo aplaudirá vuestras conquistas."¹

El alma que contempla ese cuadro á la luz de la historia y de la fe, se rinde y avasalla bajo el movimiento, único aunque invisible, que se agita en la accion de ese drama misterioso, en que va á sancionarse para siempre la existencia religiosa, moral y divina de la palabra.

En estas circunstancias Jesucristo rompe el silencio, y dirigiéndose á sus apóstoles, comienza inculcándoles la idea fundamental que habia de servir de base al noble y majestuoso edificio que iba á levantar en la tierra inspirado por su caridad ardiente y movido por el celo de la gloria de su Padre. Trátase de inaugurar en el mundo, como una institucion divina, la elocuencia sagrada; pero la elocuencia es toda poder, porque el poder es todo inteligencia y accion moral. Si se tratara de mover las enormes masas que parecen desafiar toda fuerza, esa materia bruta que gravita sobre la tierra; la mecánica lo haria todo, y no habria que pensar sino en la perfeccion de las máquinas, para suplir con ventajas la fuerza del hombre. Mas trátase de mover á este mismo, de impulsar en un sentido dado á los seres inteli-

¹ Math. cap. X, vv 19 y 20. Version parafrástica. Véase el texto.

gentes y libres: empresa gigantesca en verdad, y realizable únicamente por el desarrollo de la fuerza mas poderosa que se haya conocido en la tierra. Si imagináis vencer la voluntad humana con la aplicacion física de un aparato material, vuestra tentativa será inútil y aun tocará en el ridículo; la fuerza material hace víctimas; pero nunca produce convicciones ni movimientos espontáneos. Si pues la fuerza debe ser proporcionada en todo sentido á la resistencia, visto es que no se triunfa de la voluntad humana sino abriéndose paso por la razon, que siempre la mueve, ya suscribiendo á las pasiones, ya enfrenando sus ímpetus. Trátase, lo repetimos, de dar á la persuasion un reino y un destino, de constituir definitivamente esa sociedad terrena y celestial á un tiempo mismo, en que figuran la razon y la fe, la voluntad y la gracia, ya como rivales, ya como seres que unidos y subordinados en su esfera, mantienen y fecundan sus relaciones íntimas, sirviéndose del oido como de un conducto, y empleando la palabra como un ministerio. La elocuencia, considerada en sí, tiende al convencimiento y camina por el sendero de la razon: su genio es tan antiguo como el hombre, sus vicisitudes han andado siempre por la carrera del corazon humano, y su historia no era nueva, todo el mundo lo sabe, cuando Jesus procedió á constituir en el sentido de que se trata. Mas esta historia no era mas que la historia de la palabra humana, y la elocuencia religiosa no es la palabra humana. Notorio tambien es, y de ello dan un testimonio completo los libros santos, que Dios se habia dignado hablar á los hombres. Este lenguaje tenia pues una historia; mas era la historia de la palabra divina, y la elocuencia sagrada no es solo palabra divina. En los discursos del sacerdote católico no habla solo el hombre; sino Dios por el hombre y el hombre en Dios. La elocuencia sagrada es siempre la palabra; mas la palabra en su robustez, en su edad madura, en su perfeccion definitiva, en su plenitud filosófica, social, histórica y religiosa al mismo tiempo: es la palabra; mas la palabra constituida, la palabra dominando todas las relaciones de la inteligencia y del corazon, la palabra admitida en el cielo y en la tierra; es, como si dijéramos, para suplir de algun modo la insuficiencia de nuestros limitados idiomas, la encarnacion del Verbo divino en el Verbo humano; es la inmensa expresion de Dios, del hombre, de sus relaciones, de su historia, de su naturaleza y de sus destinos; es la palabra que no tiene dimensiones conocidas, es como la palanca de Arquímedes, si queréis, pero felizmente realizada é infinitamente excedida, puesto que

mueve dos mundos, obrando junta y soberanamente sobre el tiempo y sobre la eternidad: porque tanto quiere decir elocuencia sagrada como palabra católica, y esta quiere decir tanto como universalidad en su mas grande plenitud.

¿Qué se necesitaba pues para plantear semejante institucion en la tierra? Un predominio incuestionable sobre todo, la influencia directa de Dios; y por tanto, el empleo de un sistema de medios que traspasara con mucho la órbita de la posibilidad humana. He aquí porqué Jesucristo comenzó anunciando su poder sobre los cielos y la tierra, cuando ya quiso trasmitir á sus apóstoles el derecho de hablar en su nombre á todo el mundo. *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra.*

¿Qué resta ya? Manifiesto su poder, solo se trata de que indique su voluntad: porque si le ha sido concedido todo poder en el cielo y en la tierra, puede sin duda alguna todo lo que quiere. Para fijar pues el carácter histórico de la mision que nos ocupa, poniendo fuera de toda disputa su existencia y su constitucion esencial, basta sin duda inquirir á este propósito la voluntad soberana de Jesucristo. Esta voluntad se manifiesta mui altamente en las palabras que pronuncia tan luego como acaba de hacer una declaracion tan solemne de su poder omnimodo sobre los cielos y la tierra. Su transicion, rigurosamente lógica, nos convence del enlace íntimo que tendrán por todos los siglos con su poder divino la autoridad del predicador y los efectos de la elocuencia religiosa. Sírvese por lo mismo de una palabra empleada unánimemente como la expresion del vínculo que média entre los principios y sus consecuencias lógicas; sírvese de la palabra *pues* correspondiente al *ergo* latino: *Euntes, ERGO, docete omnes gentes &c.*, como si dijese: "Arbitro soi en los cielos y en la tierra, porque otorgado me ha sido todo poder: Id *pues*, recorred todo el universo, llevad vuestros pasos por todos los climas habitados, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." He aquí la mision del orador sagrado, la constitucion eclesiástica de la elocuencia, la consagracion de la palabra del hombre por la palabra de Dios, el vasto imperio de la razon y de la voluntad gobernado por la fe y por la gracia mediante el ministerio católico; ministerio de palabra, porque la fe entra por el oido, como dice San Pablo; ministerio de palabra, porque la gracia comunicada por el empleo exterior de la materia, se fórmula en las palabras del ministro; ministerio de palabra, porque sin ella no existe comercio entre el arrepentimiento y el poder para perdonar,

y este poder es una condicion esencial en la Iglesia para crear la inocencia por la aplicacion del bautismo, ó restaurarla por el ejercicio del ministerio que representa en la tierra la accion de la misericordia divina.

Tal es la mision de la elocuencia. De esta manera la hemos visto descender de los cielos; réstanos ahora observar la noble majestad con que abre su marcha, y cómo se enseña de todos los elementos de accion que ofrecerla puede toda la humanidad, estndiar el grande objeto con que ha sido instituida, calcular sus efectos, descubrir las garantías del noble primado que ejerce en cuanto pertenece al dominio de la palabra, y computar, si es posible, la duracion de su influjo sobre los destinos del género humano. Como el reino de Jesucristo, la elocuencia sagrada no es de este mundo, pero aquí tiene trazada por el eterno Geómetra la esfera de su accion, aquí desenvuelve su poder, aquí realiza sus magníficos planes de felicidad, sometiendo á la fe la razon de los sabios, é inclinando bajo el yugo de la lei divina la osada frente de los potentados de la tierra. Precisemos pues nuestras ideas acerca de la accion de la elocuencia evangélica sobre la pauta de estos grandes objetos, pues que nada ménos se necesita, para formarnos una idea mas universal y grandiosa de la mision sublime de la palabra santa.

IV.

La elocuencia sagrada lo mismo que la profana tiene por blanco el corazon humano; mas obra con fuerzas, en direcciones y sentido mui diversos al desarrollar toda su accion. La elocuencia del hombre domina, es cierto, la voluntad, pero aliándose siempre con las pasiones: su táctica bastante conocida, es triunfar de unos intereses con otros, de unas esperanzas con otras, de unos sentimientos con otros; mas las armas se fabrican de ordinario en el arsenal del corazon, y las fuerzas contendientes son siempre de la tierra. No así la elocuencia sagrada. Atrevida tanto como excelsa, rige las pasiones sin aliarse con ellas, subyuga los sentimientos sin hisonjear las inclinaciones culpables: viva, eficaz, penetrante mas que una espada de dos filos, se abre camino por entre los mas recónditos arcanos del alma, por entre los senos mas inaccesibles del corazon, hácia las profundidades de las miras y de los pensamientos: gana victorias enriqueciendo á los vencidos con todos los despojos de la guerra; y todo

esto sin producir el dolor, y ántes bien, empleando siempre aquella inefable dulzura, aquella fuerza de insinuacion irresistible tan enérgicamente descrita por el Apóstol.¹

La palabra *abnegacion*, esta palabra que puede considerarse como la enseña de la moral cristiana, y que tantas veces ha helado la sarcástica risa en los labios del mundano; esta palabra que rinde la voluntad á la lei eterna, que humilla la inteligencia delante de la fe, y que hace andar á la humanidad por la carrera del sacrificio; esta palabra que en su inflexible severidad no tiene concesiones mas que para la virtud, ni promesas mas que para la inocencia ó el arrepentimiento, ni dicha verdadera sino para las lágrimas y la tribulacion; esta palabra que desconcierta la inteligencia humillando las teorías ante el cuadro vivo de los héroes cristianos; que parece esparcir el terror sobre la misma naturaleza, sometiendo sus movimientos mas expansivos á la importante severidad de la moral católica: he aquí lo que la elocuencia sagrada exige siempre del corazon del hombre. Nada reconoce grande fuera de Dios; y cuando el entusiasmo de la gloria mundana tiende á relajar sus derechos, ella abre los sepulcros ante los pueblos y los reyes, y nubla la frente de los espectadores al descender en su presencia el inevitable término de todas las grandezas humanas. Exáltase, como para menguar sus títulos al vasallaje de la razon, el poder de la razon misma con el brillo del talento, los progresos de las ciencias y de las letras, la antigua y vasta carrera de los descubrimientos; mas ella entonces, retirando los límites del horizonte y haciendo pasar la revista por esas mil vicisitudes con que aparece la inteligencia en el curso de los siglos, amontonando esos escombros, digámoslo así, donde se revuelven confundidos y olvidados los partos momentáneamente célebres, y las teorías pasajeramente famosas, y los descubrimientos fugitivamente admirados, fija en Dios el asiento de la verdad, reconcentra en las virtudes los atributos de la sabiduría, y hace caer ante su símbolo todos los prestigios de la imaginacion y todas las creaciones del genio. *Lo que no está conmigo es contra mí*: dice, y la historia del entendimiento humano viene á franqueársela toda, para rendirla iguales pruebas con las épocas de decadencia y las épocas de progreso, con los tiempos oscuros y los mas brillantes siglos. Porque ella ha

1. *Vivus est enim sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti: et pertigens usque ad divisionem animæ ac spiritus compagum quoque ac medullarum, et discretor cogitationum, et intentionum cordis.*—*Epist. ad Hebr. cap. IV, v. 12.*

probado constantemente, que el principio católico de donde pártse, es “luz cuando preside á las nobles tareas de la razon humana, y sentimiento cuando se asocia á las conmociones mas íntimas del corazon;”¹ que la verdad está en ella, porque Dios es el autor de la verdad; que la fe no desconcierta sino dirige la razon, y por último, que el poder de vencerse á sí mismo en pro de la verdadera felicidad no tiende á destruir sino á robustecer, afirmar y engrandecer el vigor del carácter. En suma, la elocuencia profana obra sobre la voluntad y la inteligencia contando con ella misma; la elocuencia sagrada obra sobre la voluntad y la inteligencia contando con Dios y con el hombre. ¿Queréis apreciar las dimensiones de su esfera en el órden de la inteligencia? Buscad sus límites en la extension inmensa que le presentan por una parte los dogmas y las ciencias, por otra parte la revelacion y el discurso, y por último, la razon y la fe. ¿Queréis computar su movimiento en la vasta carrera de la conducta? Apreciad la fuerza motriz que se halla toda en la naturaleza y la gracia. Tal es la esfera de accion de la elocuencia evangélica: el hombre con su naturaleza, el mundo con su historia, la humanidad con sus destinos, la Providencia con su plan, la Iglesia con su autoridad, Dios con su poder: nobles y sublimes atributos recogidos en estas preciosas palabras: *Enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Si quisiéramos reducirnos á una sola palabra, diríamos que el objeto de la elocuencia es el *hombre*; pero habiéndolo dicho todo, no habríamos explicado nada: porque el hombre es tambien objeto de las ciencias, de las artes y de la legislación. Innecearias para Dios, y dirigidas á la inteligencia, jamas hubieran salido estas de la nada sin el hombre, y volverian á la muerte sin el hombre. *Ciencia es verdad comprendida, y no verdad esencial*; y por lo mismo nuestro concepto es exactísimo, pues que subsiste con total independencia de la existencia y condiciones inmortales de la verdad. Dirémos pues, que el objeto de la elocuencia sagrada es el hombre; pero el hombre con las vicisitudes de su historia, las contradicciones de su naturaleza y la inmortalidad de sus destinos; el hombre criado para el cielo y arrastrado constantemente á la tierra, formado para la virtud y humillado por los vicios, colocado bajo la lei y extraviado de esta carrera por las pasiones; el hombre alternando siempre entre las sombras y la luz, entre los errores y la verdad; el hombre

1 Chateaubriand.

resignando su grandeza con su fe y empañando su estirpe con su orgullo; el hombre, por último, colocado entre Dios y su voluntad corrompida, impelido por mil fuerzas contradictorias y presentando siempre sus dos facies en la grandeza de sus destinos y en la miseria de su condicion presente. El hombre así considerado es el hombre moral, el hombre en accion, y su corazon en último análisis la inmensa masa que debe agitar y mover constantemente la palabra del orador evangélico. Obra pues la elocuencia sagrada sobre la inteligencia, la libertad y la voluntad humana, con la fe, con la gracia y con la lei: la fe representada en la doctrina, la gracia en el bautismo y los demas sacramentos, la lei general en el precepto impuesto por Aquel que estableció en la tierra esa mision divina. El objeto intelectual del orador sagrado está manifesto en la primera cláusula de su diploma evangélico: *enstñad* (docete); el objeto moral en el bautismo: *baptizantes eas in nomine Patris &c.*, y el objeto legal por último, en la direccion de la conducta segun los preceptos impuestos á los hombres por Jesucristo: *docentes eos servare omnia quaecunque mandavi vobis.* ¡Cuán sublime aparece á los ojos de la religion y de la filosofía, y cómo predomina en el campo de la historia por las dimensiones colosales de su objeto, esta institucion que somete al imperio de la palabra santa la ruda inteligencia de las masas, las esclarecidas luces del talento, los tesoros del saber y los arranques atrevidos del genio! ¡esta institucion celestial, que al través de los errores, y por entre las densas borrascas del corazon humano, conserva inalterable el poder de los principios, y contiene en su carrera de perdicion á toda la humanidad impelida por la ruta de las pasiones! ¡Con cuánta destreza esgrime todo género de armas! ¡Con qué inimitable maestría maneja y rige los resortes del corazon! Ya considerémos este objeto por el lado de las doctrinas, ya vengamos á colocarle bajo un aspecto exclusivamente moral, ya recojamos todas sus partes en un solo punto para considerar el cuadro con que se manifiesta el todo, nuestra razon vencida, nuestra inteligencia subyugada, nuestra imaginacion presa, rinden, sin apercibirse de ello, todo el vasallaje que es debido á la palabra de Dios en la palabra del hombre, y que por derecho corresponde á la elocuencia del orador sagrado.

Para formarnos una idea completa de todo el poder que ha desarrollado ella por el primero de sus objetos, y calcular, si nos es posible, su fuerza dogmática, preciso es recordar el imponente aparato de sus doctrinas, el majestuoso conjunto de esos atributos con que se colocan bajo los labios

del orador todas las verdades del cristianismo. Sublimidad, unidad, universalidad, santidad, eternidad por último: he aquí sus títulos. La verdad religiosa enseñoreándose del mundo: he aquí su historia. Cuarenta siglos corrieron para realizar dos ensueños de la antigua filosofía, instituir una escuela dogmática, y generalizar los conocimientos morales por todas las clases de la sociedad. ¡Qué resultó! Dos cosas contrarias: los filósofos en guerra continua, y los pueblos en barbarie constante. ¡Y la palabra docente del cristianismo! Ha hecho dos cosas tambien: instituir la filosofía y civilizar los pueblos. Guerras de inteligencia existen aún, porque la mediocridad, la envidia y el orgullo no pueden estar ociosos; pero el verdadero filósofo no tendrá ya que andar al rigor de los elementos sin hallar un asilo, como sucedia en otros tiempos. Hoi, á la vista de la anarquía entre las doctrinas, vierte una lágrima ó lanza una sonrisa, segun su genio; pero vuelve la espalda, y con solo esto se encuentra en su patria, en su albergue y en su escuela: prosigue sin afán su infatigable carrera de investigacion, ilustra á sus contemporáneos, sorprende al mundo y se cubre de gloria; y esto donde quiera que se halle; porque los ejes de la tierra están clavados hoi, permitátenos la frase, en los muros del catolicismo. Si viniessen á decirnos ahora los filósofos con toda su algarabía, que el mundo está á oscuras, que es necesario regenerar la inteligencia, triunfariamos de ellos ante el buen sentido con tres minutos de contienda: llamariamos á un aldeano ó á un niño; les haríamos tres preguntas, una sobre Dios, otra sobre el hombre y otra sobre la lei; y convirtiéndonos á las turbas beligerantes, *red*, las diríamos, *ese niño, ese aldeano saben mas que Platon.*

V.

El mismo objeto de la elocuencia sagrada viene á servir de medida y número á nuestra inteligencia para descubrir su prodigiosa universalidad y calcular su duracion. “Remir á los hombres en un templo para instruirlos en sus deberes; establecer concurrencias públicas de conversaciones profundas entre la religion y la conciencia; contrabalancear la impunidad de lo presente con la justicia de un incierto y oscuro porvenir; combatir los vicios, despertar la fe, mover el corazon, subyugar la voluntad, encadenar todas las pasiones bajo el yugo de la lei por los lazos mas íntimos de los inte-

reses eternos; descubrir á los oyentes el tribunal supremo de la justicia, los asilos de la humanidad afligida, las cabañas, los sepulcros, los abismos de la eternidad; obligar á cada uno á que tome respecto de sí mismo el doble carácter de acusador y juez en el profundo secreto de su espíritu y la soledad de sus remordimientos: tal es, en concepto del Cardenal Maury, el verdadero cuadro de la elocuencia del púlpito.¹

¿Quién puede considerarse exento de pertenecer á esta institucion divina que interviene al mismo tiempo la razon y la voluntad, que entra en lo mas profundo de la conciencia, é interesa en todo sentido al corazon humano! ¿quién, al hacer su carrera por la vida, no ha sentido alguna vez la necesidad imperiosa de entablar un comercio íntimo entre la eternidad y el tiempo relativamente á los destinos de su ser! ¿Quién, á la vista de esas escenas de la naturaleza, sorprendiendo las decoraciones de otro mundo, no ha experimentado la irresistible tentacion de abismarse en las sombras del misterio, de consultar los arcanos del sepulcro, de interrogar al porvenir acerca de su propio destino! ¿Ah! el hombre siempre es hombre, y muchos siglos ántes que el Evangelio brillase por el orbe, el corazon humano tenia una historia bastante conocida, tendencias religiosas mui señaladas, y por lo mismo, disposiciones felices para venir á colocarse bajo el dominio de la palabra santa. Dijose con mucha verdad, que *el mundo estaba sentado en las tinieblas y á las sombras de la muerte*; porque á pesar del grande movimiento de las sociedades antiguas, del incansable afan de los filósofos y de la voz de los poetas, la razon habia perdido su brújula con la lei de la naturaleza, el hombre su mirar con la oscuridad profunda de su destino, el culto su carácter con las abominaciones indecibles del paganismo, y la voluntad su aplomo con los innumerables vicios que tenian á la vez ulcerado y encallecido el corazon. El mundo estaba sentado á las sombras de la muerte, y la sociedad no podia figurar de nuevo en la escena de la vida sino por una especie de resurreccion universal. Una voz era necesaria para la humanidad entera; pero esta voz no podia salir de los sepulcros. De pronunciarse habia por un heraldo celestial, por un ministro que fuese capaz de abarcar en su discurso las relaciones, las diferencias y las condiciones diversas del tiempo y de la eternidad. Solo una voz de esta naturaleza podia suscitar de nuevo á la vida de la verdad, de la religion y de la virtud,

¹ Véase su obra: *Essai sur la eloquence de la Chaire*, § I, de donde hemos tomado en extracto estas ideas.

por medio de una luz directamente venida de las alturas, á todos aquellos que en la última postracion de sus fuerzas morales, rendidos al cansancio de sus viejos crímenes, adormecidos ya por su misma fascinacion, estaban sentados, como el Profeta dice, á las tinieblas y en las sombras de la muerte. He aquí porqué la mision de los apóstoles no reconoce mas límites que los términos del orbe, (*Ita in unicum mundum*) y porqué la humanidad entera vino á componer el inmenso auditorio del orador sagrado.

“El hombre que habla es el enviado del cielo, y por la santidad de su carácter parece llevar sobre su frente el nombre de Dios, de quien es ministro: la causa que defiende es la de la verdad y la virtud; sus títulos son los derechos del hombre, la lei de la naturaleza grabada en todos los corazones, y la lei revelada, escrita y consignada en el depósito de los libros santos; los intereses que le agitan son los del cielo y de la tierra, los del tiempo y de la eternidad; en fin, los clientes que reúne al rededor de sí, y como bajo sus alas, son la naturaleza, cuyos derechos defiende, la humanidad, cuyas injurias venga, la debilidad, cuyo reposo y seguridad protege, la inocencia, á quien presta una voz suplicante para desarmar la calumnia, ó bien aceros terribles para infundirles el horror y sobresalto del crimen: la infancia abandonada, para quien busca en el auditorio corazones paternales, la vejez adolorida, la tímida indigencia, la gran familia de Jesucristo, los desdichados, en cuyo favor conmueve las entrañas del rico y del poderoso.”

“Un corto número de verdades terribles para los malos y consoladoras para los buenos; un Dios justo á quien todo está presente, y que castiga ó recompensa; el tránsito de la vida á la eternidad; el momento de este tránsito tan imprevisto como inevitable; la soledad del alma despues de la muerte delante de su Juez; una balanza exactísima donde se pesan fielmente sus buenas ó malas acciones; la revelacion solemne de la conciencia de todos los hombres en el juicio universal; un abismo de penas destinado á los culpables; una fuente inagotable de ventura reservada á los justos; el mundo que engaña y que pasa; el tiempo que rueda presuroso en el seno de la inmóvil eternidad; la vida con todos sus placeres, arrebatados como átomos por este torbellino devorador; las generaciones humanas sumergidas en este océano inmenso; Dios solo que queda, y las aguarda: he aquí las grandes palancas de la elocuencia evangélica.”

“Tambien tiene pasiones que mover: el temor, para turbar la seguridad de los malvados; la compasion, para mover

al hombre sensible en favor de sus hermanos; la indignacion, para proscibir y degradar los ejemplos de una prosperidad culpable; la vergüenza, para humillar al hombre vicioso y soberbio, á la vista de su bajeza, de su oprobio y de su nada.¹

Algunos espíritus alucinados por el progreso de los intereses materiales de nuestros tiempos, por el brillante y seductor aspecto de las nuevas teorías, han creído sorprender en el cuadro de la época signos infalibles de una decadencia próxima para la elocuencia sagrada; y déjase ya entender, que no discurren de esta manera sino porque suponen ventajosamente contrabalanceado, con el orden puramente físico los intereses materiales y la ruidosa boga de una literatura bastarda, el inmenso poder del catolicismo. ¡Insensatos! Mientras haya instintos en la razon para buscar la verdad, mientras el arrepentimiento y la esperanza ocupen algun lugar en el drama de la vida, mientras los recuerdos y el porvenir saquen al hombre de la escena transitoria para fijarle en el teatro de la realidad, mientras la paz interior no haya perdido sus encantos, las miserias tengan un asilo, las lágrimas alguna representacion y el cielo algunos suspiros en la tierra; la Iglesia tendrá hijos, sus predicadores oyentes, y su elocuencia admiradores y apasionados.

Mas, ¿para qué buscar esta clase de argumentos? La palabra del orador sagrado cuenta con una promesa superior á todas las previsiones y temores humanos, porque está garantida nada ménos que por la palabra del Hombre Dios. *Estad seguros*, dijo Jesucristo, *de que yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*² La elocuencia sagrada no dejará pues de existir sino cuando la voz de Dios haya vuelto á la nada el último minuto del tiempo.

¹ *Marmontel*. *Elemens de litterature*, art. *Chaire* (eloquence de la).

² *S. Mat.*, cap. XXVIII, v. 20.

SEGUNDA PARTE.

Si la filosofía, como ha dicho un autor de estos últimos tiempos, es la tendencia reflexiva del hombre hácia la sabiduría; si la sabiduría es la razon gobernando la práctica por la teórica, la verdad revisando el bien en todos nuestros actos, la ciencia aplicada á la direccion de la vida humana; si la ciencia tiene por oficio propio dirigirnos, llamando sus investigaciones todas á la cuestion capital de nuestro último fin; ¿quién puede disputar su eminente primado en la escala de la civilizacion á esta palabra de verdad y de vida que, atrayéndolo todo á la perfeccion moral de la especie humana, para volverlo todo hácia el pensamiento supremo que domina en el designio de la creacion, nunca se mueve, digámoslo así, sino en esa línea siempre recta tirada de Dios á Dios, por donde el hombre camina siempre que pártese de su principio para encaminarse á su último fin? Grite y declame cuanto quiera esa filosofía bastarda que tiende á sacarlo todo de sus quicios: ántes de Jesucristo el genio tenia sus glorias, la ciencia sus prestigios, las artes culto y admiradores; pero ninguna de estas cosas habia podido reconocer á un comun centro de relaciones, caer bajo el dominio de la unidad, ni ménos todavia depurar el sentimiento moral en el vario sistema de las costumbres: la civilizacion era un *desideratum* para el mundo en todo sentido. Ciencias, artes, literatura, política, legislacion, sociedad, pueblos, gobiernos, &c., &c., todo estaba por civilizar, y no lo probamos aquí, porque una simple disertacion niega el asilo á mil páginas de la historia: porque la historia de todas estas cosas es lo que debia servirnos de prueba, y porque el sentido comun ilustrado por los desengaños testifica por aclamacion esta verdad histórica: *la fe ha civilizado al mundo.*

La elocuencia sagrada, situada exactamente entre los atributos de Dios y las necesidades del hombre, maneja con soberanía todas las relaciones que médian entre la naturaleza

¹ *Gibon*. (M. A.) *Cours de Philosophie*, Chap. préliminaire.